

“EL TIRACHINAS”

—fuentecilla—

*“La verdadera patria del
hombre es la infancia.”*

Rainer Marie Rilke,
poeta austriaco.

Le dije que había avizorado dos palomas bien gordas y de plumaje muy vistoso; como si hubieran escapado de las garras de su amo, llevaban varias horas revoloteando por los alrededores del puente romano. <<Ya *me darás una de ellas, ¿no?* >> Me dijo, esbozada en sus labios una sonrisa enredadora. Él sabía perfectamente que donde yo ponía el ojo ponía la piedra. Era infalible con mi tirachinas, y buen testimonio de ello podrían dar aquellos críos a los que, durante nuestras batallas infantiles por el dominio de la isleta central del Duero o de los restos de la fortaleza, les hice un buen chichón o les abrí la frente, las víctimas de mi certera puntería integrantes de una panda de cobardes que en su huida para refugiarse bajo las enaguas de sus madres dejaban un reguero de sangre a lo largo del puente medieval o por algunas calles del pueblo. Mi mejor amigo se marchó para su trabajo, en un que se bar llamaba Tubo, y yo me dispuse a dar caza a las inquietas volátiles. Pasado un buen rato, lo vi venir corriendo hacia mí, su cara desencajada. Se detuvo en seco a un palmo de mis narices. << *¿Qué haces aquí?* >> Le pregunté, extrañado, pues yo sabía de sobra que su jefe se pondría hecho un basilisco con él por abandonar la barra en la hora del café, con tantos vasos, platos y copas como debía lavar a mano. Me miró de arriba abajo con una mezcolanza de severidad y compasión, como si yo hubiera cometido un crimen y él estuviese salvándose del patíbulo. Sin decir palabra, me arrancó el tirachinas de la mano y me robó las dos zuritas que, aún calientes, colgaban de una trabilla de mi primer pantalón largo. No entendí nada de lo que acababa de suceder. Me quedé como un pasmarote mirando cómo se alejaba veloz, como si lo persiguiese Belcebú. Nunca intercambiamos palabra alguna sobre el asunto, ni jamás me dijo nada al respecto de lo que hizo con las aves, aunque

supongo que, a cara de perro, se las zamparía escabechadas. Sin embargo, lo que más me dolió fue que nunca me devolvió mi tirachinas. Ahí comenzó a quebrarse nuestra estrecha amistad, que habíamos sellado con un pacto de sangre después de ver una película del oeste en el cine Moderno. Para colmo de males, ya entrados en quintas, durante las fiestas de septiembre en honor de la Virgen del Rivero y del Santo Cristo de la Buena Dicha, se nos ocurrió la feliz idea de echarle miradas de enamorado a Evelina, la hija del nuevo maestro destinado al pueblo. Mal negocio que dos amigos cortejen a la misma mujer. A los pocos meses tuvimos que irnos a la mili, y entre los dos se abrió un distanciamiento abarrancado en hondos silencios...

*

Tantas décadas después, he vuelto a posar mis pies en estos parajes que he extrañado cada día de mi existencia; tan bellos y entrañables, custodian con celo la época de mi infancia. No fue premeditado, ni sé cómo ocurrió. Pero una vez que me marché del pueblo fueron brotando de manera silente, incluso traicionera, improvisadas razones —más bien absurdas excusas— que, sumadas a la gran distancia que me separaba de este lugar que tanto amo, postergaron mi persistente deseo de regresar, el cual, por más que no quisiera reconocerlo, latía con brío en lo más hondo de mi ser, igual que la lava burbujea en la cámara magmática de un volcán, deseosa de salir al exterior con una brutal erupción. No obstante, las ridículas reticencias que fui forjando sin advertirlo, al fin, fueron esquiladas por la feroz llamada de la tierra, que de un tiempo a esta parte ha tirado de mí hacia sus entrañas con un ahínco desmesurado, como si quisiera carcomer mis cascados huesos con ansia y eficacia, igual que el discurrir de la vida fue desmenuzando mi ánimo de manera soterrada pero enérgica. Es verdad que al cabo de tanto tiempo no resultó fácil tomar la decisión de volver. Porque sabía que debía acarrear conmigo el pesado bagaje de tristezas y abandonos que he ido acumulando a lo largo de estos años de ausencia, una suerte de equipaje impalpable que, a ojos de los demás, me ha vestido como un hombre de carácter afligido, a veces incluso huraño. Quizá tengan razón, mas no voy a perder ni un solo segundo de los que me queden por vivir en negarlo. Lo cierto es que mi felicidad —si algo disfruté de ella— la basé en una huida constante de la desdicha, y no

debemos obviar que toda huida voluntaria de un lugar en el que eras feliz, y del que te desterraste por voluntad propia, lleva aparejado cierto cúmulo de aflicción que puede determinar la forma de ser de cualquier persona, incluso de provocarle la consunción de la esperanza y de la alegría que anidan en las almas de los seres humanos, aunque bien cierto es que la ilusión cortoplacista se puede reanimar de súbito con solo escuchar el trino de un verdicillo, un jilguero o un ruiseñor, o con olfatear la fragancia del tomillo, la aliaga o el espliego, o con paladear un buen vino clarete acompañado por unas chuletas de cordero asadas a la brasa en las bodegas que ascienden por la ladera del cerro del castillo, o con pasar la mano por la superficie del musgo que, rociado por la alborada, progresa como una marejada de verdor y humedad en la umbría de los sotos fluviales... Tan solo con contemplar de nuevo el pueblo en el que te criaste, que no necesariamente tiene que ser el pueblo donde naciste, pero que sí es el pueblo donde quieres que te den sepultura y eternidad junto a los tuyos.

Hace un par de horas que detuve mi añoso Renault-7 en un pequeño ensanche del arcén derecho de la estrecha y parcheada vía por donde circulaba. Bajé la ventanilla delantera del coche. Con los ojos cerrados, insuflé una honda bocada de aire puro a mis pulmones, maltrechos por el trabajo en la mina; más me habría valido quedarme doblando el lomo por estos campos de cereales y por los viñedos, incluso aunque hubiera sido limpiando las tinajas de las bodegas familiares excavadas en la roca, antes que andar por ahí lejos con las uñas destrozadas y ennegrecidas de tanto arrancar carbón por las gélidas y húmedas galerías de los pozos mineros en los que trabajé, que como culebras de escarcha negra parecían querer alcanzar el mismísimo sumidero del infierno. Pero la juventud es terreno abonado para cometer toda clase de errores, también de locuras, que luego han de pesarnos conforme respiremos.

Al oxigenarme me sentí vivificado, como si un soplo de bienestar agasajase mis órganos vitales. Me aferré con firmeza al volante, como si temiese que esa sensación de plenitud que estaba disfrutando pudiera conducirme hacia una dimensión temida por desconocida. Contemplé con fijeza

el paisaje que me rodeaba, absolutamente conmovedor a la vez que familiar. Escudriñé el trazo de la carretera N-110. Del asfalto parecía emerger una especie de humillo traslúcido que le otorgaba al horizonte el aspecto de un espejismo temblón. Por un segundo temí que pudiera difuminarse todo cuanto veía apenas cometiese la osadía de tocarlo con la punta de un dedo. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Porque me asaltó la certeza de que en cuanto sortease la curva que tenía a unos cien metros de distancia volvería a ver mi pueblo a lo lejos. Se liquidarían de un plumazo tantos años de alejamiento, igual que Antonio, con unas simples pasadas de su maquinilla manual, se llevaba por delante nuestros pelos, pero también los piojos que pudieran esconderse entre el pelaje salvaje que crecía en nuestras cabezas infantiles durante las semanas que lográbamos escaquearnos de la obligación de pasar por su peluquería, situada en la calle General Yagüe, un local que, en no pocas ocasiones, se convertía en centro social, pues hasta allí, amén de la nutrida clientela que le demandaba a Luisa la excelencia de sus peinados o moños, y a él la de sus afeitados, arreglos de bigote y de sus rasurados de cogote, también acudían a pasar el rato y a pegar la hebra los jubilados cuando sus esposas los ponían de patitas en la calle hasta la hora de la comida, para que así no les estorbasen mientras adecentaban las casas.

La cálida brisa de este verano naciente, inflamada por las esencias que exhalaban las plantas, arbustos y flores, la recibió mi rostro como si fuera una de aquellas tiernas caricias con las que mi abuela, al pasar su fría mano por mi frente, apaciguaba la fiebre que se enseñoreaba de mi cuerpecillo de niño. Porque yo era un esmirriado y acababa en la cama con calentura y anginas en cuanto saltaba sobre todos los charcos de la lluvia que me encontraba de regreso a mi casa desde la Placituela —también conocida como Plaza de los Cerdos—, en donde recibí clase de párvulos en las antiguas escuelas y a la que también acudía para sacar libros de la biblioteca pública municipal, de la que se ocupaba la señorita Ana María, o en cuanto se me ocurría ponerme a jugar a echarnos agua en el pilón de la rana, o en cuanto me ponía a hacer un muñeco de nieve con mis amigos en la Plaza Mayor, entonces los dedos de mis manitas como si emulasen los témpanos que, a veces, colgaban amenazantes de los aleros de los soportales de la Plaza Mayor y de la calle

Mayor, contruidos con madera de olmo, una verdadera reliquia dado que la grafiosis dejó casi extintos a esos árboles tan nobles y milenarios, y cuyos troncos hoy petrificados parecen centinelas impertérritos de los paisajes castellanos. Qué época aquella... Inolvidable.

Desde el otro lado de la calzada donde aparqué mi vehículo me asaltó el fresco murmullo de la vivaz corriente del Duero, bajo cuyas aguas los guijarros —seguro estaba de ello— atesorarían recuerdos de mi infancia: el jolgorio irrefrenable de las pandillas de chiquillos desplegando sus juegos irrefrenables en la orilla del río, donde nos hinchábamos de succulentas moras de zarza, las mojaduras de ropa, las risas cuando atrapábamos una rana despistada y por culpa de su piel resbaladiza se nos escapaba de las manos, incluso los gritos de conmoción cuando en los días atemperados de la primavera agonizante, y saltándonos la prohibición de nuestras madres, nos atrevíamos a enfrentarnos al helor del agua, en cuya superficie parda espejaba el verdor de la vegetación que desde tiempos inmemoriales custodia el curso del río, cuyo caudal se esponja en algunos parajes rocosos, dando lugar a frescos efervescencias de espuma que parecen nubes caídas del cielo que chapotean entre las piedras, tan relucientes y resbalosas como lo es la piel de los sapos... Tantas y tantas sensaciones vividas antaño, y que fueron quedando atrás cuando me monté en el tren, entonces mi mente azorada por una borrasca de turbias ideas que no me dejaban pensar con claridad, y que desatinadamente me pusieron al borde de la animadversión hacia todo lo que había significado mi vida anterior.

Al igual que le sucedió a mi padre, cumplir con el servicio militar fue la causa por la que salí del pueblo por primera vez en mi vida. Pero a diferencia de él, que solo quería regresar cuanto antes para casarse con mi madre en la iglesia de San Esteban —en ella me cristianizaron, mis padrinos el Cristo de la Buena Dicha y la Virgen del Castillo—, yo aproveché mi reclutamiento forzoso para tomar una decisión trascendente: no volvería a poner un pie en el hangar desde el que partí con rumbo al Cuartel del Milán, en Oviedo, donde pasé casi dos años. Ni por un instante piensen que odiaba mi pasado y que por ello huía. Me crié como cualquier niño que tiene imaginación y dispone de calles, plazas y campo por donde echarla a volar en compañía de sus amigos, el mejor erario

que podemos atesorar. Sin embargo, el trabajo ya andaba mal por la comarca desde antes de que entrase en quintas, y eso de haber perdido el oremus por la misma joven que tenía embobado a mi mejor amigo... Aquel contratiempo, que sufrí en secreto, me llevó a tomar la torpe decisión de alejarme de mi familia, el mayor error que nunca jamás haya cometido. Porque el tiempo que no pasas con tus seres queridos ya nunca lo puedes recuperar, y se quedan en el camino, extraviados sin remedio, cientos de abrazos, besos, caricias, miradas, confidencias, complicidades, y tantas otras cosas más que deberían haber servido para henchir de buenas vibraciones el corazón, el cual, al cabo de toda una vida, lo reconoces apolillado por la falta de cariño.

**

Crucé a pie el puente medieval, impresionante con sus dieciséis ojos que parecen amansar la corriente del Duero. Me dirigí hacia el Arco de la Villa o Puerta de Castilla. Me detuve en su entrada para echarle un vistazo al escudo de armas de don Diego López Pacheco, “El grande”, conde de San Esteban y marqués de Villena. Me resultó curioso descubrir en él detalles a los que nunca antes le había prestado atención, y eso es fruto de que tenemos la mala costumbre de no reparar en las cosas bellas que vemos a diario, hasta el punto que pueden llegar a ser invisibles a nuestros ojos. Cruce el arco. En los soportales que encontré a mi derecha encontré vestigios del pasado: Fonda Yañez, rezaba en un deteriorado cartel, frente a la tienda de tejidos de Isaac García Alonso, también desaparecida. Mientras caminaba con dirección a mi casa, creí que el campanario de la iglesia de San Miguel me observaba a través de los vanos de las campanas, mas no fui capaz de fijar mi turbia vista en él. Quizá temía reencontrarme con aquel chiquillo escuálido y enfermizo, un vivaracho arrascapostes que durante las cobrizas atardecías solía jugar bajo la galería porticada, una heredad sacrosanta del románico que nos defendía de las lluvias otoñales, pero no del helor de las largas invernadas. Me estremecí, como si mi esqueleto no fuese sino un sonajero de huesos rotos.

Ahora estoy frente a mi casa. De mi mano izquierda —ser zurdo me granjeó en el colegio las burlas de muchos compañeros que cataron mi

puntería con el tirachinas— cuelga un manojo de llaves que tintinean por la emoción que me embarga por dentro, y que zarandea todo mi cuerpo en su fuga a través de mi piel estremecida. Calambrazo de nervios. Apenas puedo contener las lágrimas, que han transfigurado en aguanosa la mirada de algas con la que desde mucho tiempo atrás vengo despertándome cada mañana, apenas el rosicler incendia el cielo con su resplandor malva. Tras años de aguantarme las ansias por regresar, el hogar familiar se alza ante mí como un gigante que vive sus horas más decadentes. La casa parece haberme reconocido, y siento como si rezumara a través de su deteriorada fachada el ambiente interior de desolación que atesora intramuros, como en una suerte de aguoso y alicaído suspiro de bienvenida que me lanzan las viejas piedras, hoy enjalbegadas por una fina mortaja de líquenes y verdín. Observo las deterioradas contraventanas del doblado, antaño el dormitorio que compartía con ristras de mazorcas, pimientos choriceros, manzanas, patatas, y embutidos de la matanza que colgaban como ahorcados de las vigas de madera que aún sostienen el tejado.

Embargado por la incertidumbre, y como si mis ojos se hubiesen transfigurado en los de un experto cerrajero, observo la cerradura como si estuviese radiografiando su mecanismo, que supongo atascado por el orín. Selecciono la llave. Pero en lugar de abrir, golpeo la puerta con mis nudillos, yo impelido por el ferviente anhelo de que ante mí se abra un túnel del tiempo que dejase ver una luz resplandeciente al final. Nadie contesta a mi llamada. Con sorprendente facilidad, introduzco la llave en la cerradura y la hago girar. Al empujar el portalón, los goznes gimen, como si se quejasen del dolor que les he infligido al arrancarles las pústulas de herrumbre que crecieron sobre ellas durante mi larga ausencia.

<<Vamos, hijo, pon la mesa, que tu padre estará a punto de llegar. >> He creído oír a mi madre, ella como loca de contentura porque padre regresaba a casa tras las semanas que había pasado fuera trabajando con una cuadrilla de sanestebeños que se dedicaban a la siega. <<Toma este dinerillo, nene, y ve a comprar unas tortas de uvas del Cagaleras, que de allí son las que más le gustan a tu padre, y si te sobra alguna moneda, para ti de propina, para que te

las gastes en galguerías. >> Busco a mi abuela entre la penumbra. Porque es su voz la que oigo con absoluta nitidez, mi mirada atravesando los espadaños de luz marchita que entran por las rendijas de las ventanas, en los que flamean millones de partículas de polvo. Sin embargo, ante mí solo acierto a reconocer muebles cubiertos de sábanas que al tocarlas levantan una polvareda; fantasmas del pasado que conviven con crujidos de vivienda vieja que se ahogan entre las sombras perturbadoras, las cuales se tejen con las telarañas, en las que están atrapados olores añejos, como el del ajo carretero o el de la caldereta de cordero que antaño guisaba mi madre en peroles de barro.

Pego un respingo cuando siento una mano que se apoya sobre mi hombro y me lo presiona con ternura.

—Siento haberte asustado.

En su mirada reconozco a mi mejor amigo.

—Me alegra verte —rompo el silencio de hielo tantas décadas después—. Y tu esposa, ¿qué tal está?

—Ella ya pasó por última vez bajo el blasón de la entrada del cementerio.

—Vaya, lo siento mucho; pobre Evelina.

— ¿Evelina? Te confundes, amigo. Aquella muchacha tan guapa que nos enamoró a los dos...

— ¿Cómo que a los dos...?

— Sí, a los dos por igual, ¿o acaso crees que yo no sabía que tú te bebías los vientos por ella...? Se te notaba cuando le echabas la vista encima. Pero resulta que ella estaba loca por los huesos del comandante del cuartelillo, de aquel cabo de la Benemérita tan alto y espigado que se pavoneaba cuando se dirigía al cuartel de la Benemérita que estaba en la calle Mayor, y que según muchas mujeres parecía un artista de cine, pero que en el fondo y en la superficie no era más que un malasombra redomado. ¿Lo recuerdas? —Asiento con la cabeza— Se fueron del pueblo al poco de que yo volviera de la mili. Pero antes se casaron en la Iglesia del Rivero, y menuda fiesta dieron...

Hubo baile en la Plaza Mayor. ¿Sabes? Aquel día que cazaste las dos palomas tan hermosas, el cabo se presentó en la taberna a tomar café. Lo oí halar con un subordinado acerca de las dos palomas. Por lo visto se le habían escapado al secretario del Gobernador Civil, que la tarde anterior había parado por aquí para comprar vino y embutidos para llevarlos a una finca donde iban a hacer una cacería. Las palomas se las iba a poner a tiro a su jefe. El guardia civil le decía a su compañero que tenían que encontrarlas como fuese, porque si daban con ellas seguro se llevaban una felicitación... <<...o quién sabe si hasta un ascenso o un destino mejor que este pueblucho. Y como pille a alguien con las puñeteras palomas... Ese se bebe de un trago la botella entera de aceite de ricino que guardo en el cuartel. ¡Por estas! >> Por cierto, las palomas estaban bien ricas. Me las preparó mi madre, escabechadas, que es como más me gustan.

Me devuelve mi tirachinas. Nos fundimos en un abrazo que nos arrastra emocionalmente hasta nuestra infancia, a la verdadera patria que entre ambos forjamos...